



DE NUESTRA TIERRA.



(A MI QUERIDO AMIGO ARZÁC)

EN CRUCETA-ARAMAYONA.



Antes de que diese comienzo Sotero Manteli á escribir las cuartillas de su obra *La dama de Amboto*, tantas veces soñada y comentada, se empeñó en que visitáramos otra vez el escenario en que se desarrolla la leyenda, nuestro histórico valle de Aramayona, y, aprovechando los hermosos días de la celebracion de las Juntas forales de Mayo de 1868, fuimos allá, llenos de esperanzas, provistos de álbum y lapiceros y sin aspirar á otros goces que á engolfarnos más y más cada día en nuestras aficiones literarias, que por completo llenaron é identificaron nuestra existencia y fraternal compañía durante largos é inolvidables años.

Despues de pasar en Albina, el sitio fronterizo á la ermita de Mariaca, donde Dionisio Isasmendi saludó á la Junta alabesa en nombre del valle, con un discurso que pocos momentos antes le hilvanamos allí mismo á la sombra de las hayas frondosas, la comitiva pasó de largo, y el poeta y yo, al alcanzar el repecho más alto de la carretera y de la montaña, dejamos el coche y nos trasladamos al pié de la Cruz de Cruceta,

á contemplar el siempre admirable, siempre mágico panorama que rodean las peñas de Amboto y de Echagüen. Limpió Manteli sus gafas de eterno miope, tomó los gemelos de campo que le alargué, y riendo como un niño, siguió con la vista las indicaciones que yo le hacia con la punta de mi baston al decirle:

—Allí al Oriente, entre Barajuen y Ascoaga, en aquel lindo cerri-
llo cónico, poblado de nutridos árboles, dominando todos los pasos del valle, sobre la hondonada, allí estuvo Turrión, el famoso castillo de la leyenda de Amboto. Por aquellas asperezas, ocultas bajo un macizo de nogales, donde están talladas en la roca las escaleras de ascenso á Barajuen, por allí sube trabajosamente el romero á pedir hospitalidad al señor feudal; en lo hondo de la cañada vuelan á escape los caballos de los guerreros, que pronto aparecerán en las revueltas de la ladera, buscando en los caseríos una presa para el tirano; allá en la única abertura del horizonte sobre Garagarza, por donde el rio se desliza fuera del valle, levántame así como oscuras nieblas, que amontonadas, siguen el rumbo del viento: son las humaredas de las casas de Mondragon, encendidas en la lucha entre oñacinos y gamboinos; allí en la alta peña al Norte, sobre la desnuda espalda de Amboto, allí se ve el orificio, la negra boca de la cueva, por donde saldrá luego con el crepúsculo de la tarde, doña Urraca, espanto de los aldeanos, cruzando el cielo hácia Aitzgorri y dejando en pos de sí largo reguero de chispas; por encima de Tellemonte agítanse los buitres ansiosos de cebo, atisbando guiñapos humanos de las almenas ó de los fosos de Turrión; tocan á rebato en la calle, en Ibarra, y responden en Echagüen debajo de las peñas; en Uncella, sobre las colinas; en Aréjola, aquí á nuestros piés; en Zalgo, sobre las olvidadas tumbas; en Sorguinzubi, camino del Aquelarre; en Arriola y en Eguzqui-irripa. Por detrás de nosotros, por Albina y Mariaca, suenan alegres bocinas de gente armada, es la tropa de ballesteros de la Hermandad de Alaba, que avanza á libertar á los aramayoneses de la servidumbre de los Butrones y Mújicas. Ya asoman los vecinos alborozados sobre las cumbres de Gánzaga, Gamborralde, Besaide, Unzuetagaña, Zaldúa, Murugain y Achurricogaña, donde se habian refugiado mujeres y niños huyendo de los dominadores. Ya están aquí nuestros ballesteros, Manteli. ¡Dirijámonos con ellos al valle; la pátria y el almuerzo nos esperan!

Y saltando entre los zarzales y matas y entre las flores amarillas y violadas de las argomas, brezos y helechos, crucé por la pintoresca

ladera abajo, seguido del cantor de *Aránzazu* y de *Amboto*, que á menudo resbalaba sin saber si atender á los piés, á las gafas, al cigarro ó al sombrero, porque todos se le escapaban á un tiempo. Tomamos la vieja carretera, deliciosamente sombreada por majestuosos castaños y, al detenernos, mucho más arriba de Gureya, en el recodo de una fuente, á encender otro cigarro y á humedecer nuestros labios, con aquella límpida agua de hierro, vibró sobre nuestras cabezas en la espesura del bosque, un plácido cantar, que vino á dar más atractivo á aquel paisaje y mayor alegría á nuestros corazones.

—¡Quién cantará tan dulce y lindamente! exclamó Manteli.

Y antes de que yo pudiera contestarle, subió desde la cañada, por la que entre los avellanos corre un riachuelo, el eco de otro cántico, igual en melodía al del bosque, pero de letra distinta, pareciéndonos, que si el primero era de voz femenina, correspondía el segundo á algun jóven escondido en los matorrales de los linderos de las tierras que el arroyuelo limitaba.

—¡Un idilio para la leyenda, señor nevelista!—dije yo;—allá arriba hay alguna pastora ó princesa encantada, que lanza sus penas al aire, y allí abajo la solícita y persigue algun doncel trovador, loco de amores.

Hízome seña Manteli de que callara, y oímos así á nuestro gusto los cantares:

Decía ella en bascuence:

Lobiru logure
Bai ganadu saeñe
Pachikon idiye
Artue gureñe.

O sea en castellano:

El dormilon Francisco cuida mal su ganado: los bueyes están comiendo el maíz.

Y contestaba él:

Or goiko landetan
Sosue kantetan
Orra hacia tu chapel
Beti barriketan.

Arriba en los prados está el tordo cantando;
y la del sombrero cantando sin cesar.

Ella:

Erbije dabil biserrién,
Erbikumie ziderríén,
Orrabada ta
Pachikok kuarta bat
Sorri biskarrien.

Anda la liebre entre las habas; el gazapo entre las flores, y tú, perezoso Pachico, tienes una cuarta de piojos en las costillas.

El:

*Neska begi arranpalo
A kerren bekoki,
Kolkuen ditunala
Iru arto satí;
Ta baba lapiko bi,
Eskenala charra
Tripa sikiñori.*

La chica horrorosa, con frente de chivo, lleva tres corruscos de maíz y dos pucheros de habas en el colco. No tienes mal estómago de cerdo.

Ella:

*Sartakiñe sarcho bat
Iru solkué,
Orra bada Pachikon
Dote ta arriké.*

Una sartén con tres agujeros es lo que lleva Pachico de dote y de arras.

El:

*Sartakiñe burduntzali
Errial bi ta erdí,
Orra bada Juanacho
Akerren bekoki.*

Una sartén, un cazo y dos reales y medio, lleva Juanita, la de la frente de chivo.

Callaron los cantares, y Manteli, entusiasmado por la rústica sátira que contenían, y que yo le traduje, quiso conocer á los músicos, pero ¿cómo llamarles, si ignoraban el castellano? Apelé para ello á la lengua universal, á la música. Púseme á silvar, imitando al ruiseñor, como me lo enseñaron en mis barrios de Vitoria, el inolvidable Carriedo, Tarin el manco y Lorenza la Escobera, y al poco rato, atraídos por los arpegios, redobles y trinos de mis variaciones pajareras, asomaron al borde de la carretera, por abajo un pastorcillo de catorce años, con su boina, sus otarres y su camisa de lienzo crudo, y por arriba una nescatilla de doce, con sus ojos azules, sus trenzas rubias, su justillo de flores, su falda azul y sus piés descalzos. Al vernos, trataron de huir, pero, siguiendo yo en el empleo del lenguaje universal práctico, enseñé una peseta al muchacho, me enseñó él una doble fila de hermosos dientes blancos al ver la moneda y sonreír, y se acercó y la tomó, mirándonos maravillado, con sus grandes ojazos. La muchacha, que había presenciado esta escena, medio oculta en unas zarzamoras que caían sobre la fuente, mordíendose la punta del delantal y pasándose la otra mano por los ojos como si viera visiones, bajó rápida al lado del pastor en cuanto vió que Manteli le enseñaba otra peseta, y allí juntos, riéndonos los cuatro, copie en mi álbum los cantares que el chico me dictó de muy buena gana.

—¡Qué mañana tan feliz y tan inolvidable para aquellas hermosas criaturas! ¡Una peseta cada uno! ¡Tesoro nunca poseído por ellos!

Pocos minutos después entrábamos en Ibarra, centro de Aramayona. El poeta no volvió á acordarse del castillo, ni de los romeros, ni de doña Urraca, ni del señor feudal, ni de la historia. Nos esperaban las ricas tencas y la sagardúa del famoso Gervasio de Mázmela en su caserío, y las tazas de leche y los capones de nuestra casa de Bengoa, y el cordero bien cebado de Ascoaga, de Nicolás y de Pedro Pablo de Lasaga, nuestros primos, y los amarretacos de la calle. Yo volví á Vitoria con mi álbum lleno de dibujos y de versos, y Manteli llegó rejuvenecido, soñando en sus cuartillas que formaron más tarde un hermosísimo libro escrito con un primor que nadie ha igualado, y sentido con un amor que á muy pocos es dado comprender y gustar.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

